

LOS PADRES, EL NIÑO Y EL ANALISTA: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Beatriz Janin*

Todo sujeto se define necesariamente por la relación con sus imágenes parentales "originarias": está unido a quienes le dieron la vida y estará ligado a ellos por los lazos del incesto y el parricidio, de la sexualidad y la muerte", afirma André Green (Green, A., 2000, pág. 49).

Incesto, parricidio, sexualidad y muerte... de eso se trata... Del amor y del odio, del narcisismo puesto en juego... de las diferentes máscaras que toma el vínculo padres-hijo, de los avatares del Edipo, de la transmisión a través de las generaciones...

Cuando nos consultan por un niño, se abre un abanico de posibilidades... ¿A quién escuchar?. Y no sólo eso, ¿a quién hacer venir, a quién observar, a quién hablar?

En cada consulta hay muchos sufrimientos en juego. Muchas veces, son los padres los que están angustiados o deprimidos, o sintiendo que todo se quiebra, que el mundo soñado se derrumba...

Muchas veces, son ellos los que padecen sentimientos de vergüenza (cuando el mundo externo les señala algo que no está bien en la relación con el niño), de miedo (cuando lo suponen incontrolable), de angustia (cuando no pueden poner palabras a lo que los inquieta).

Sabemos que los padres son los primeros erotizadores. Seductores inevitables, tocan, besan, abrazan, acunan, pero también frustran, abandonan, prohíben...

* Directora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con APBA). Profesora de posgrado de la Facultad de Psicología de la UBA. Profesora titular de la Carrera de Psicología de UCES. Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica del Sur.



Son el primer espejo... de lo que ese niño es para ellos, de lo que querrían que fuese. Es decir, el niño se ve en ellos, en lo que son, en lo que fueron y en lo que desearían ser, en sus éxitos y en sus fracasos, en su poderío y en su impotencia... Y se constituye marcado por esos otros, armando como puede, cuando puede, una historia propia.

Sus relatos, la historia que han armado de esa familia, determinarán a ese niño...

Pero también hay que tener en cuenta que ese nacimiento, esa irrupción de un otro, acarreará un cimbronazo importante en las vidas de esa mujer y de ese hombre, de esa pareja. Un nacimiento es un acontecimiento, el inicio (y a la vez la culminación) de una historia que revoluciona, inevitablemente, otras historias.

Encuentro entonces, que puede ser desencuentro, y del cual nadie saldrá igual.

El trabajo psicoanalítico con los padres

En 1980 se realizó un Congreso de FEPPA, en Rosario, sobre "Actualizaciones en Psicoterapia". En el mismo, presenté mi primer trabajo sobre este tema: la articulación teoría-clínica en el psicoanálisis con niños. Ahí, tomando los desarrollos freudianos, planteaba la necesidad de incluir a los padres en el análisis de un niño:

"En tanto extensión del psiquismo del niño, los padres están siempre involucrados en el tratamiento de éste. Pero la evaluación del grado de diferenciación yo-mundo externo, del grado de estructuración del aparato psíquico, de la instauración o no de la represión primaria, del grado de desarrollo del proceso secundario y del principio de realidad, nos posibilitará plantear diferentes abordajes en la terapia. Así un infante que depende de la mirada aprobadora o prohibidora del adulto para calificar sus acciones, diferirá de un latente, en que el síntoma muestra el conflicto defensivo y de un púber, en que la irrupción pulsional hace peligrar la organización del aparato..." (Janin, 1980).

Afirmaba allí que, de acuerdo a los tiempos de la estructuración psíquica, podíamos pensar el lugar que otorgábamos a los padres en el tratamiento. Tiempos lógicos que debemos detectar...

Y también que no sólo es importante escuchar a la madre, sino que el padre también puede actuar con el niño aquello que no puede decir en el análisis de su hijo y que ubicará al analista en lugar de juez, padre, rival, hijo. Además, así como el niño construye la idea de tener un padre, el hombre conquista el lugar de padre, es decir, que a la paternidad se accede, por lo cual es fundamental su inclusión en el análisis del hijo.

Aprendí tempranamente que abrirle la puerta a los padres no sólo evita que entren por la ventana, sino que es siempre posibilitador de transformaciones.

A lo largo de todos estos años fui pensando no sólo la necesidad del trabajo con los padres sino, fundamentalmente, los efectos que produce y los modos de intervención con ellos.

Para los analistas, los padres suelen aparecer como el mayor obstáculo en el tratamiento de un niño pero también como la garantía de que éste se desarrolle.

Monstruos a vencer o posibilitadores, jueces implacables de nuestro trabajo, escollos en el camino, colaboradores fundamentales, ¿de qué se trata trabajar psicoanalíticamente con los padres?

Encuentros y desencuentros...

"¿Le parece que hable sobre mis miedos? ¿Será necesario?", pregunta una mamá que a su vez consulta porque su hijita no se puede separar de ella. "¿Qué tiene que ver mi historia en todo esto?", pregunta un papá cuyo padre falleció cuando él era pequeño. "Nosotros somos una familia normal... hace años que no hablo con mi papá pero ¿eso qué tiene que ver con que nuestra hija no hable?", dice otro.

Se expresan algunas certezas: "Yo soy la única que decido sobre la vida de mi hijo", dice una madre en un ataque de furia porque le sugiero que el papá puede traerlo al consultorio (dado que ella manifiesta dificultades laborales para traer al hijo a las sesiones). "Yo soy la única que lo entiende y que sabe lo que le pasa, ¿qué me puede decir usted que yo ya no sepa?".

Y algunas reflexiones: "Me acordé que cuando él era chico mis padres me



decían que tuviese cuidado, que si no lo educaba bien, cuando fuera grande iba a hacer cualquier cosa y se me ocurrió que esto podía tener algo que ver". "Yo me llevo muy mal con mi mamá, la odio y tengo mucho miedo que esto se repita con mi hija".

Cuando hablamos de encuentros y desencuentros evocamos situaciones tempranas, un encuentro-desencuentro que, allá en los orígenes, dejó marcas. Marcas que se ponen en juego, que se repiten, que se reorganizan, que se van enlazando en una historia en las entrevistas.

Así, nos encontramos siendo el personaje temido... idealizado... odiado... Testigo que al atestiguar incide en los avatares del proceso.

Desde las primeras entrevistas, el modo en que los escuchemos va a ir definiendo un modo de trabajo. En tanto no nos consideremos poseedores de la verdad sobre "lo que se debe hacer" con un niño, podremos atender lo que dicen siguiendo el hilo de su discurso, las ligazones que realizan, el modo en que asocian un acontecimiento de la vida del niño con otros sucesos, la forma en que van plasmando diferentes imágenes, impresiones, de su hijo y de ellos mismos.

Vías que se van abriendo y que van permitiendo que ciertas conexiones vayan quedando al descubierto. Desde las primeras entrevistas, los señalamientos hechos por el analista, así como aquello que ellos "se" escuchan por primera vez, marcan la apertura del trabajo analítico.

Las primeras entrevistas

Cuando los padres consultan por un hijo, la sensación suele ser de desgarramiento, de muchísimo dolor, de ruptura interna frente al embate narcisista que supone que un hijo tiene problemas. Y si el hijo es aquel que debe cumplir los deseos insatisfechos, los proyectos trunco, la constatación de que hay dificultades que ni el niño ni ellos pueden resolver solos y que necesitan ayuda será vivida generalmente como un golpe insostenible.

Nos encontramos entonces con un dolor muy intenso, con sensaciones de pérdida de una imagen de niño perfecto y con diversos intentos de reparar, modificar o desmentir el problema.

Hay padres que llegan a la consulta enviados por terceros y en plena desmentida, atribuyendo las dificultades a otros (maestras, otros niños, etc.), afirmando que no es su hijo el que presenta problemas. Es habitual en estos casos que estén muy enojados, suponiendo una alianza implícita del psicoanalista con aquellos a quienes ubican como "acusadores". Sin embargo, la desmentida (como coexistencia de dos series de representaciones que se oponen) es una defensa frente al registro de lo intolerable, lo que hace pensar que hay una percepción de la dificultad, pero frente a la misma, aparece otra aseveración. Esto queda claro a lo largo de las entrevistas, cuando pueden ir planteando lo que les angustia.

Quizás la primera cuestión a tener en cuenta cuando entrevistamos a los padres es que no sabemos de antemano quiénes son ni por quién consultan.

Como psicoanalistas, debemos partir de la idea de que el otro es, fundamentalmente, otro sujeto, un desconocido que podrá evocar en nosotros ciertos sentimientos, ciertas historias pasadas, ciertos personajes de nuestra vida, pero que, ante todo, es otro semejante diferente, alguien que nos habla, como puede, de su sufrimiento. Y que, por más que nos recuerden a otros pacientes, a otras consultas, no será nunca lo mismo, sino que, inevitablemente, habrá algo de lo novedoso, historias a develar, a explorar...

Desde la primera entrevista, el escuchar a los padres como consultantes, implica ubicarlos como otros con los que iremos descubriendo deseos, identificaciones, repeticiones... Otros con los que abriremos un espacio.

No tenemos un cuestionario ni una planilla a completar... No hacemos una anamnesis. Simplemente, somos parte de un encuentro con uno o con varios sujetos que se acercan a nosotros a consultar por un tercero: el hijo. Y, como toda consulta, implicará hablar del propio sufrimiento y de quiénes son ellos mismos.

"¿Será igual que el abuelo?". "Es así desde que nació, no hace caso...". "¿Por qué esto a mí?". "Yo creo que se da perfectamente cuenta de que nos molesta con sus gritos, y por eso grita...". "Estamos hartos de que nos llamen de la escuela para quejarse de su conducta". "No soporto más".



Preguntas, pedidos, requerimientos, acusaciones, lamentos, a los que no podremos dar respuesta de inmediato. Y que nos introducirán en un camino de descubrimientos sucesivos...

Las entrevistas abiertas, planteadas como un espacio no pautado, permiten encuadrar la relación en un marco psicoanalítico, posibilitando el trabajo posterior. Así, queda iniciado un camino en el que se podrá investigar en la historia de cada uno de los padres, en su historia como pareja, en las representaciones que sostienen de sí mismos y de sus hijos, en las fantasías que albergan sobre la maternidad y la paternidad, en el cruce de identificaciones, en los ideales y temores. Se les propone un espacio en el que pueden asociar, recordar, pensar, en el que son escuchados sin prejuicios ni mandatos.

El relato que los padres realicen sobre la vida del hijo es clave para pensar las vías identificatorias que le han sido propuestas a ese niño, los deseos que se han jugado con él, las posibilidades de transmitir o no un deseo de que él viva y crezca.

La idea de futuro, el ubicarlo en un devenir, el poder pensar al hijo siendo él mismo y a la vez otro, abre un espectro de posibilidades.

Con los padres, deberemos evaluar si pueden historizar la vida del niño, fantasear sobre su futuro, a la vez que ubicarlo como ser pasible de modificaciones, logros, avances y como sujeto que sufre. Cuando esto no se da, iremos ayudando a construir esa representación de "otro". Para eso, las entrevistas en las que pueden hablar de su propia historia, de su propio devenir, de sus sufrimientos y proyectos, son un espacio que abre y "se abre" a las diferencias.

La escucha debe ser desprejuiciada. No es sólo que nos posicionamos como no-jueces, sino que efectivamente nos ubicamos como aquellos que están dispuestos a escuchar sin emitir juicios de valor, sin suponer nos poseedores de un saber sobre el modo en que "se debe" criar a un niño.

Las entrevistas no tienen como finalidad extraer datos "objetivos" de la historia del niño (¿quién podría relatar de un modo "objetivo" una historia?), sino conocer el relato que ellos hacen, la construcción-mito que le transmiten al hijo, lo que dicen y lo que ocultan.

Cuando en su relato insiste el tema de la alimentación, por ejemplo, tendre-

mos que ir abriendo preguntas en relación a su propia historia de alimentación, a sus recuerdos, pero también ver con qué se asocia en ellos y qué representación del hijo predomina en relación a la comida.

Es frecuente que los padres lleguen con un discurso armado, casi preparado de antemano y que sólo podamos correrlos de allí en la medida en que pidamos que nos cuenten situaciones vividas con el niño, fantasías en relación a él y a lo que es ser padre y madre, recuerdos... El trabajo sobre estas producciones produce transformaciones en el modo en que el niño es investido e identificado por los otros.

La repetición en juego

La constitución psíquica se da en una historia que excede al niño mismo, una historia signada por otros que a su vez están sobredeterminados, escindidos.

Hemos dicho muchas veces que una cuestión que marca la especificidad del psicoanálisis con niños es que aquellos que consultan por el niño están implicados en una relación estructurante.

La sexualidad materna marca un cuerpo abriendo caminos, diferenciando zonas, recorridos de placer y de prohibición. La capacidad mediadora y continente de la madre posibilita ligar el dolor que irrumpió con la fuerza de un rayo, destruyendo conexiones. Por identificación primaria con un semejante investido especialmente se constituye el yo como yo de placer. La estabilización de la represión primaria, como divisoria intersistémica, es efecto de una larga historia de prohibiciones, en que la madre transmite, en su rechazo a la sexualidad incestuosa, su propio sistema de normas.

Hay ciertas leyes que rigen el modo en que los procesos psíquicos de los padres inciden en los del hijo, como las que nombra Freud: contagio afectivo, transmisión de superyó a superyó, proyección e identificación.

También podemos hablar de una transmisión que se da a través de las generaciones más allá de la genética, que hace que lo no tramitado de los antepasados retorne desde el niño. Así, Freud habla de la constitución sexual como un vivenciar pre-histórico, como residuo de vivencias de varias generaciones.



Los padres suelen repetir con los hijos el vínculo que tuvieron con sus propios padres, los modos de acariciar, de prohibir, fundando en el otro caminos erógenos, privilegiando vías narcisistas, transmitiendo normas e ideales.

En algunos casos, se ponen en juego los ideales del ideal del yo, los proyectos inconclusos. Se espera que el niño cumpla lo que los padres no pudieron hacer. En otros, lo que se espera es que el hijo cubra ya, en lo inmediato, el agujero dejado por la propia insatisfacción. Y también están aquellos que suponen una repetición permanente de la no-salida y esperan del hijo el cumplimiento del vaticinio de fracaso. En estos últimos prevalece un tipo de pensamiento pesimista (“siempre va a ser igual”, “es un fracasado”) que deja al niño en una red de profecías mortíferas y lo arroja a una disyuntiva difícil de resolver: o confirma con su fracaso la palabra paterna o cuestiona la palabra de los padres, quedándose sin soporte externo.

En cada uno de estos casos, el trabajo psicoanalítico con los padres será diferente. En tanto lo que predomine sea el narcisismo materno-paterno, ellos serán el centro de la escena, los protagonistas a los que habrá que contener, organizar, sostener y, sobre todo, escuchar, ligando su discurso con sus angustias, sus temores y sus deseos, ayudándoles a hacer un reordenamiento de sus ejes identificatorios en el lugar que se dan a sí mismos y le dan al otro. Las intervenciones se centrarán en su sufrimiento y en el modo en que repiten pedazos de su historia.

Los padres suelen reencontrarse en el hijo no sólo con los propios aspectos amados sino también con aquello insoportable de sí, que vuelve desde el otro. En esos casos, el hijo repite lo que se intentó expulsar, que retorna desde lo idéntico no-pensado.

El modo en que reaparece en los hijos lo desestimado, lo desmentido y lo reprimido de los padres, marca diferencias.

Lo reprimido retorna, desde el niño, en forma de síntoma o en funcionamientos que esbozan el armado de un síntoma. Cuando predomina la represión, se transmiten las representaciones reprimidas pero también las normas y prohibiciones que impulsaron la represión, las fallas del mecanismo defensivo, las grietas que deja. Este tipo de repetición posibilita la construcción de fantasías.

Cuando lo que se presentifica en el niño es algo del orden de lo desmentido en los padres, esto aparece como una defensa a ultranza del narcisismo y entonces lo que hace es repetir ciegamente un mecanismo que lo lleva a actuaciones permanentes. Tiene que sostener la desmentida porque en eso se le va el "ser", lo que lo lleva a una pelea con el mundo a expensas del principio de realidad.

Y si lo que predomina en los padres es la desestimación, el niño pasará a ser la presentificación de lo rechazado, y puede tener un lugar en el delirio paterno/materno, o llenará agujeros representacionales de los otros, lo que lo deja sin pensamiento propio. El niño queda como representante de aquello desestimado, como lo siniestro. Y él mismo se verá en dificultades para sostener pensamientos.

Si, como dice D. Anzieu (1995), el niño puede pensar en tanto está inmerso en un mundo de pensamientos, en el que es pensado, el trabajo con los padres, como posibilitador de un espacio en el que el niño sea pensado, permite la construcción del "aparato para pensar los pensamientos" en el hijo.

Podemos pensar aquí la pulsión de muerte, como la insistencia de aquello "*cuyo objetivo último permanece idéntico: abolir el pensamiento en el vacío de la nada*" (Moury, 1989, pág. 189). Lo que se produce a veces es la repetición del vacío, como en algunos trastornos de atención, cuando el problema no es que el niño inviste otros aspectos del mundo de aquellos que el contexto le exige sino que "se borra" y "borra" el mundo.

René Kaës, plantea que la repetición puede ser repetitiva o transformadora. Y, retomando la teoría de Bion, habla de transmisión de objetos transformables y transmisión de objetos no-transformables. Los objetos transformables suponen que el que los recibe puede modificarlos. Implica el predominio de la represión en aquel que transmite y la posibilidad de ser reincorporados por el psiquismo infantil (Kaës, 1993).

Los objetos transformables forman el material que se transmite de generación en generación, que va sufriendo transformaciones a lo largo de esta transmisión. Por el contrario, los objetos no transformables son como "cosas en sí" que atacan el aparato de pensar y traducir de los miembros de la familia, permaneciendo como objetos enquistados, inertes.

Hay, según este autor, formas vivificantes y erotizadas de la transmisión (así, la transmisión de los deseos, como caminos abiertos en el hijo a partir del erotismo materno-paterno, o la transmisión de ideales como aquello a alcanzar) y también formas y modalidades mortificantes, como la insistencia de la transmisión de lo inerte, de los enquistamientos y las fosilizaciones psíquicas (como cuando lo que se transmite es la imposibilidad de elaborar un contenido psíquico, o los agujeros dejados por vínculos violentos, o lo inelaborable de una vivencia traumática). Es decir, lo no-inscripto, lo no-representado, lo que está encriptado también se transmite y marca un tipo de repetición en la que no hay transformación alguna ni traducción: queda una marca que insiste en una repetición siempre idéntica a sí misma. Así, lo no metabolizado de los padres suele transmitirse en forma "bruta", en una repetición idéntica. Y cuando el afecto, la idea delirante o la vivencia traumática se transmiten a los hijos, estos repetirán en su vida esos trozos de vida ajenos. Haydée Faimberg afirma que, en estos casos, el psiquismo parece vacío pero en realidad está "lleno" de una historia que corresponde a otro (Faimberg, en Kaës y otros, 1993).

Las identificaciones

Una pareja consulta porque su hija de dos años presenta constipación pertinaz. A punto de recurrir a una operación, deciden probar con un tratamiento psicoterapéutico. A lo largo de las sesiones una escena se repite: el reproche por lo que el otro no da, por lo que niega, por lo que acapara para sí. Dinero, amor, caricias, van siendo reclamados. Cada uno ha armado una representación del otro como poseedor de bienes que no comparte. Así, durante muchos meses, se van desplegando las "constipaciones" de cada uno. Mientras tanto, la niña deja de estar constipada y las dificultades se presentifican en otro lugar.

Una pareja consulta porque su hija llora al quedarse en el jardín de infantes... Pero en la medida en que se los escucha pueden ir hablando de que ellos no soportan el crecimiento de sus hijos, que éste presupone para ellos un abandono, una ruptura de un vínculo muy preciado, imágenes de vejez y muerte.

Una pareja llega al consultorio porque su pequeña hija no habla. "Mi papá se fue de casa cuando yo era chica pero de eso no quiero hablar", dice la madre. "Yo con mi padre no me hablo desde hace varios años, pero no quiero ni pensar en eso", afirma el padre. ¿Quién es el portador del silen-

cio, de qué no se puede hablar? Silencios que se reiteran. ¿De cuántos secretos familiares es portadora esta niña? ¿Será posible que ella hable sin que los padres puedan comenzar a poner en palabras tanta ausencia?

A veces, los padres consultan por un niño con el que se identifican totalmente, identificación que borra diferencias y que deja al niño sumido en un "ser" sin ser, en tanto sólo puede existir como fotocopia de alguno de sus progenitores. De este modo, el niño queda inscripto en una repetición en la que él carece de destino propio. La afirmación "Es igual a mí", puede servir tanto para minimizar el sufrimiento del niño como para desconocerlo como sujeto. Pero también puede ser el primer paso para un intento de comprensión del sufrimiento del otro.

Una de las cuestiones centrales en las entrevistas con los padres es permitir el despliegue de las identificaciones: ¿con quién se identifica el niño?, ¿quién es ese niño para ellos? Hay infinitas posibilidades, pero vamos a describir algunas; el niño puede ser confundido con: otro muerto, otro odiado, otro idealizado, y en los tres casos no se lo mira ni escucha. He escuchado afirmaciones tales como: "Ocultó una mala nota. Eso es muy grave. Si miente ahora, que tiene ocho años, es posible que a los veinte termine preso, como el tío". ¿Qué lectura se está haciendo de la situación de un niño de ocho años? Otra: "Le cuesta aprender a leer. Seguramente, va a tener que ir a una escuela especial, como el hermano mayor". O: "Ya a los cuatro años me domina, es violento como era mi papá. Yo no puedo con él". Así, se le atribuye a un niño un destino ajeno y no se le da otra salida. La afirmación inconsciente: "él es otro", opera como enunciado desubjetivizante. Si uno sólo es actor de una historia que ya se encuentra escrita y sólo puede cumplir con el papel asignado, la subjetividad se borra.

Y esto solamente puede engendrar fracasos, lo que incrementa en los padres la decepción y el odio.

Los padres en los que predomina la conflictiva narcisista tienden a identificar al niño consigo mismos, a considerarlo como un aspecto propio siempre que el niño coincida con los aspectos idealizados del propio yo-ideal. Pero cuando se muestra diferente a lo esperado, pasa a ser "el otro", "el extraño", "el no-yo". También, el niño puede ser el portador de lo propio rechazado de sí mismo.

"La parte clivada o alienada del yo es identificada con la lógica narcisista de los padres según la cual "todo lo que merece ser amado es yo, aunque



esto venga de ti, el niño”, “lo que reconozco como viniendo de ti, el niño, lo odio; además te cargaré con todo lo que no acepto en mí: tú, el niño, serás mi no-yo” (Faimberg, 1993, pág 84). Es decir, la lógica del yo del placer, el juicio de atribución, rige el vínculo en estos casos.

Muchas veces, en las consultas, madre o padre afirman que el niño es igual al otro progenitor, cuando hacen referencia a los aspectos rechazados. Pero si todo niño se identifica al padre y a la madre en ciertos rasgos, ¿cómo se puede sentir un niño que se siente rechazado por ser una suerte de reflejo de otro? Si lo que se rechaza de él es aquel aspecto de la madre o el padre al cual se ha identificado, le resultará difícil entender esa sanción.

Es frecuente que, en los motivos de consulta, aparezca otro tipo de decepción: de los padres en relación a sí mismos. Han intentado diferenciarse de los propios padres, de no repetir sus errores y se han reencontrado con lo temido. Esto resulta en una decepción en relación a las propias posibilidades de transformación.

Esto puede generar mucho enojo consigo mismo, por haber fallado al ideal de padre o madre, por haber traicionado un mandato o por sentirse atrapado en una identificación rechazada. Pero también puede generar mucho enojo con el hijo, en tanto éste puede ser vivido como el causante del fracaso.

Las entrevistas posteriores

Hablamos ya de la importancia de escuchar a los padres en las primeras entrevistas, de encarar la consulta como una apertura.

Considero que el psiquismo se constituye en base a vivencias, que es a partir del encuentro de lo pulsional con la realidad psíquica de los padres, que quedan inscripciones, marcas, que se organizan y reorganizan de acuerdo a ciertos criterios lógicos. Fantasías primordiales, modos de enlace entre las representaciones, tipos de pensamiento predominante arman caminos sobre la base de las huellas que dejaron las vivencias. Y entiendo que las vivencias con ambos padres dejan marcas privilegiadas, tanto las vivencias de placer como las de dolor.

En tanto la realidad fundamental para un niño es la realidad psíquica de sus padres, es imprescindible trabajar con esa realidad psíquica para posibilitar transformaciones en el niño mismo.

Si bien no creo que sea en todos los casos suficiente el trabajo con los padres, en tanto hay combinaciones y repeticiones que vienen dándose ya en la historia del niño y que éste tendrá que trabajar, pienso que es condición necesaria que se realicen ciertas modificaciones que quiebren la repetición en la relación padres-hijos. Si en el transcurso del análisis, el niño repite con el analista trozos de su historia, pero también esa historia se está escribiendo dentro y fuera de la sesión, trabajar con los padres es fundamental.

¿Cómo trabajar con los padres? ¿Qué entendemos por trabajar con ellos?

En primer lugar, ubicarse como psicoanalista con los padres implica escuchar todo su discurso sin establecer privilegios *a priori*, intentar el rastreo en su historia infantil, dirigirse a ellos, no para dar información acerca de lo que supuestamente le ocurre a un tercero, sino remitiéndolos a sus propias vivencias, sentimientos e ideas.

El trabajo con padres implica hacerles repensar su historia, poder encontrar los puntos de repetición, ayudarlos a diferenciar su propia historia de la del hijo.

No es un trabajo pedagógico. No somos maestros ni jueces. Nos ubicamos como analistas con ellos.

Permitirles armar el decurso de la entrevista, escuchar su sufrimiento, tener en cuenta el dolor que está presente en la consulta por un hijo, ayudarlos a recuperar su propia historia, pensar qué desencadenó en ellos la irrupción de este hijo en su vida, posibilitará que se abra un espacio para que el niño arme a su vez él su propia historia.

Frente a cada decir, deberemos ir transitando con ellos un recorrido en el que vayamos desarmando, en idas y vueltas, las vías de la repetición.

A veces, contener, sostener, armar redes...

Cuando los padres están desbordados, ¿cómo contener el desborde? Cuando lo que se les devuelve es una representación de ellos en la que están incluidos sus sentimientos, su angustia, sus miedos, podrán ir ligando lo que viven como disonante de sí mismos, unificándose y tolerando sus propios afectos, pensamientos, deseos.

Al darles un espacio en el que la descarga afectiva se pueda ir transforman-



do en asunción de sus sentimientos y en reflexión sobre los mismos, se inaugura una mirada diferente sobre sí mismos.

Si pueden conectar su historia con la del niño podrán ir registrando las vías identificatorias y esto abrirá el camino para que le otorguen al niño un otro espacio, para que lo ubiquen como semejante.

Para ser sostén de otro uno tiene que poder sentirse sostenido internamente, tener una representación de sí que le permita tolerar los avatares del vínculo con los otros. Si el analista puede registrar y soportar el sufrimiento en juego en el discurso de los padres, construirá una vía para que ellos registren y soporten el sufrimiento del niño.

Una cuestión que insiste con muchos padres es la idea de atemporalidad, de presente eterno. "Siempre fue y será así", suponiendo que el hacerse pis de noche, o tener bajo rendimiento escolar, es un rasgo del niño, no una condición transitoria.

Corriéndolo al niño del lugar de portador de una enfermedad de por vida, ubicándolo como alguien que tiene dificultades a ser solucionadas, también les posibilitamos a ellos recobrar esperanzas, sueños, lo que va a derivar en una libidinización del niño mismo y en un resarcimiento del derrumbe narcisista. Algo puede ser proyectado y los cambios son posibles.

Hay que tener en cuenta que esto no supone aconsejar, ni dar indicaciones, lo que sería desconocer las determinaciones complejas de la conducta humana. En tanto todos los padres hacen "lo mejor posible" en el vínculo con su hijo, tenemos que pensar que lo que puede producir transformaciones son aquellas intervenciones que los ayuden a ocupar un lugar diferente, a encontrar caminos creativos.

Cuando los padres afirman: "*Es terrible*", si no damos por supuesto que todos tenemos la misma idea sobre lo que implica ser terrible, será posible indagar sobre qué significa para ellos. Trabajando y desarmando certezas del tipo: "*Es violento*" o "*Como es así, yo no puedo con él*", poniendo en duda esas aseveraciones, remitiéndolos a su historia y a sus ideales, rearmando con ellos la historia del niño, se irá construyendo otra imagen del niño y posibilitando un vínculo diferente.

Tener algunas entrevistas vinculares del niño con la madre y del niño con el padre, así como algunas entrevistas familiares, puede ser de

gran ayuda en el marco del análisis de un niño.

Estas entrevistas nos permiten ir viendo, en el presente, la repetición de estilos vinculares, la adjudicación de lugares, de modos de dirigirse a los otros.

A veces, aquello que los padres no podrían relatar, porque no lo han registrado conscientemente, se hace evidente en el espacio analítico. Esto permite retomarlo y trabajarlo con ellos, posibilitando la asunción de determinaciones que de otro modo quedarían ocultas o tardarían mucho más tiempo en develarse. A veces, facilita también la conciencia por parte de ellos de algunos actos y gestos que permanecían opacos, invisibles o eran desmentidos.

Transferencias múltiples

Transferencias y contratransferencias múltiples... El niño jugará con nosotros acercamientos y distancias. Cada uno de sus padres pondrá en juego sus propias y viejas historias en su repetición con el analista. Seremos ubicados como padres de ellos mismos, como atacantes externos, como modelos, como jueces y por momentos como el hijo. Repetirán con nosotros los deseos e ideales que juegan con su hijo. Y esta repetición nos posibilitará ir desanudando, en el aquí y ahora de la transferencia, lo que se pone en juego con el niño. Así, podremos ser maltratados, desoídos, temidos o amados.

“¿Podemos descargar?”, preguntan unos padres para los que la analista es una suerte de tacho de basura (¿al igual que el niño?). También, en la primera entrevista, solemos escuchar: “Ya está todo bien. Desde que la llamé, me tranquilicé y todo cambió”. Lugar de bruja-maga, que hace milagros. ¿Hemos pasado a ocupar el lugar de un niño que llega como “el salvador”?

Pero también nosotros, analistas, actuaremos, sentiremos, recordaremos con cada uno de ellos trozos de nuestra historia, rediviva en la relación transferencial con ese niño, con esa madre, con ese padre. Trozos diferentes de diferentes historias...

Así, pensar las transferencias de los niños es pensar en las transferencias de los padres, de los abuelos y también en las del analista.

Una viñeta clínica puede acercarnos algunas ideas:

Consultan por la fobia a los aviones y a los ascensores de Juan, de nueve años. Vienen el padre, la madre y el niño a la primera entrevista. Juan los hace subir por la escalera, por lo que los padres llegan agotados. El chico entra gritando,

se tira en el diván diciendo que él no tiene por qué venir, que ellos son los locos, que él está bien, que le tiene miedo a cosas que dan miedo, que los aviones se caen, que los ascensores se caen y que él puede vivir sin subir a un ascensor ni a un avión. Que ellos son idiotas y por eso no se dan cuenta y que no va a volver. Los padres me cuentan que en el verano hicieron un viaje, pero que a último momento, Juan no quiso subir al avión y se quedó con los abuelos. A través de entrevistas con los padres se va planteando el siguiente cuadro familiar: toda la familia depende, laboralmente, del abuelo paterno, quien descalifica a los padres delante del niño. Este hombre, que ocupa una encumbrada posición económica y detenta un gran poder, tiene fobia a los aviones, justificándola como temor lógico a máquinas peligrosas. Él supone que los temores del niño se deben a su inteligencia y se ha enfurecido con los padres por la decisión de éstos de consultar. Trabajo con los padres la dependencia de este abuelo, que aparece como el padre de la horda primitiva. En él se ha delegado la paternidad. ¿Por qué niño consultan, qué temores los agobian? ¿Quién es este niño en esa familia, heredero directo del abuelo? Una herencia en la que se da al padre por inexistente, muerto. La reasunción por parte de los padres de sus funciones, la apropiación de su historia, abre nuevos caminos. Pero esto sólo es posible cuando se reeve el recorrido identificatorio, cuando se ponen en juego las certezas, cuando se va reubicando cada uno de ellos en la trama familiar, desde una posición activa. Sólo después de un tiempo de trabajo con ellos, vuelvo a citar al niño, que parece bastante más dispuesto.

Hay que tener en cuenta que con los padres soportamos múltiples transferencias. Pero también nosotros transferimos sobre ellos nuestros propios temores, fantasías, historias... Cada uno de ellos evocará en nosotros pedazos de nuestra historia, imágenes de nuestra infancia, de los padres propios y ajenos, y también de los padres míticos y terroríficos. Registrar qué nos ocurre a nosotros en las entrevistas, a quién le hablamos, qué afectos despertan en nosotros los padres, nos permite diferenciar nuestra conflictiva de la de ellos, sin actuar nuestras propias transferencias.

El trabajo psicoanalítico con los padres es siempre posibilitador. Ya sea que trabajemos sólo con ellos, o preferentemente con ellos, ya sea que pongamos el acento en el trabajo con el niño, las entrevistas con los padres allanan el camino de la cura.

A la vez, complejizar y subjetivar son metas de todo análisis, no sólo con los niños sino también con los padres.

Quizás perdernos, reencontrarnos, acompañar al niño y a su familia en los



movimientos de idas y vueltas, de encuentros y desencuentros, de silencios y gritos, será el camino que haga posible el análisis de un niño.

Primera Versión: 18/10/04.

Aprobado: 1/11/04.

Bibliografía

Anzieu, Didier: (1995) *El pensar. Del Yo-piel al Yo-pensante*. Madrid, Biblioteca Nueva.

Aulagnier, Piera: (1984) *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, Buenos Aires, Amorrortu.

Faimberg, Haydée: (1993) En: *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu.

Green, André: (2000) *La diacronía en psicoanálisis*. Buenos Aires, Amorrortu.

Janin, Beatriz: (1980) "Modalidades de abordaje en psicoanálisis de niños, su relación con la teoría de la constitución del aparato psíquico". En: *Revista Argentina de Psicología N°29*, Buenos Aires.

Kaës, René; Faimberg, H.; Enriquez, M.; Baranes, JJ: (1993) *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu.

Mannoni, Maud: (1967) *El niño, su enfermedad y los otros*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1982.

Moury, Raoul: (1989) *Lo negativo*, en: Missenard, A. y otros. Buenos Aires, Amorrortu.

Resumen

Las entrevistas con los padres a lo largo del tratamiento psicoanalítico de un niño suponen un trabajo de develamiento de identificaciones, repeticiones y proyecciones. El rearmado de historias y la reubicación de lugares se van realizando a lo largo del tratamiento.

Hay múltiples transferencias en juego: padres, abuelos, maestros... y múltiples transferencias recíprocas del analista.



Esto requiere diferentes tipos de intervenciones, tendientes a posibilitar la construcción de una nueva historia.

Palabras clave: intervenciones psicoanalíticas; primeras entrevistas; transferencia; repetición; identificación.

Summary

The task involved when the parents of a child undergoing a psychoanalytical treatment are interviewed is one of unraveling identifications, repetitions and projections. During the course of the treatment, histories are rewritten and places are reappraised. Multiple transferences are put into play: parents, grandparents, teachers... as well as various counter-transferences on the psychoanalyst's side.

Thus, various different types of intervention are required, so as to make the construction of a new history possible.

Key words: psychoanalytical interventions; first interviews; transference; repetition; identification.

Résumé

Les entretiens avec les parents tout au long du traitement psychanalytique d'un enfant supposent un travail de dévoilement d'identifications, de répétitions et de projections. Les reconstitutions d'histoires et la réattribution des places se font de manière progressive au fil du traitement.

Une multiplicité de transferts sont en jeu: parents, grands-parents, instituteurs... ainsi qu'une multiplicité de transferts réciproques de l'analyste.

Tout cela nécessite différents types d'interventions, tendant à rendre possible la construction d'une nouvelle histoire.

Mots clés: interventions psychanalytiques; premiers entretiens; transfert; répétition; identification.

Beatriz Janin
Av. Córdoba 3431, 10° "A"
(1188) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4963-2777; 4963-4729
beatrizjanin@yahoo.com